

infantil y los afanes del combate en la madurez por una España irredenta e inmersa plenamente en el proceso de la modernidad. Ello quiere decir que estamos ante todo frente a una Andalucía intimista, construida para el consumo interior de antropólogos y folcloristas, en cuyo festín de cuadros y de viñetas pueden entrar también a saco, a la husma de piezas codiciosas, historiadores y novelistas. El propio Corpus Barga transmutará en orbe de ficción gran parte de sus recuerdos en el tercer libro de su autobiografía, convertido por deseo del autor en una novela que corta abrupta y bellamente la descripción lineal de su vida. Aunque dentro de muy poco diremos algo respecto a su idea global de Andalucía será oportuno ir afirmando ya que el sur retratado en las páginas de sus memorias está acotado en un territorio muy pequeño del noroeste de la provincia de Córdoba, allá en la raya fronteriza con Castilla y Extremadura y sobre cuya identidad se ha suscitado en ocasiones dudas e interrogantes que para nosotros se muestran carentes en su mayor parte de exactitud.

Corpus Barga no alberga la menor duda acerca de la plenitud meridional de este suelo fronterizo cuya demarcación administrativa recayó en ocasiones en la esfera de soberanía e influencia de las instituciones extremeñas. Ninguna de las características que definen tópicamente al andaluz están ausentes de la historia y de la existencia cotidiana de esta marca liminar. La Andalucía mariánica, esa gran desconocida y ausente de tratados y monografías sobre el sur peninsular, halló en Corpus Barga un adalid denodado y persuasivo. Alejado de la «gran historia» durante siglos, vino a ser almáciga donde se concentraran muchas de las esencias de nuestra tierra<sup>8</sup>.

Pues, en efecto, la Andalucía barguiana es una tierra de esencias, de desafíos y compromisos vitales, de las cinco en punto de la tarde, de pudores y recato, de verdades enterizas, de atavismos sin mácula, de mitos intangibles, de realidades pétreas en las que es muy difícil cavar aperturas a lo nuevo. ¿Será por ello por lo que las referencias o alusiones a su ámbito complementario, es decir, América, apenas pueden hallarse si no de manera tangencial en la obra de este gran conocedor de la realidad del Nuevo Continente? ¿Creía acaso que Andalucía era fundamentalmente una criatura histórica, con pocas virtualidades cara a un mundo como el ultramarino proyectado y ansioso de porvenir? Desoladora conclusión de ser cierto. Pero agujijones de tal tipo debían ser muy provechosos para una comunidad como la nuestra tan propensa al narcisismo y a la transferencia de responsabilidades. Ninguna quizá más grande que la contraída por Andalucía sobre la presencia en un mundo a la que ella, en más amplia medida que ningún otro grupo social europeo, contribuyó a forjar en su configuración presente.

Los caminos literarios de la España contemporánea llevan con frecuencia al hondón del ser y de las gentes andaluzas. Así sucede con el ejemplo egregio de la obra poética y prosística de Juan Ramón Jiménez. En la última —la única en que podemos hacer estación a falta del bagaje mínimo para aposentarnos siquiera momentáneamente en la primera y más conocida de sus moradas—, en sus libros de recuerdos, decíamos, es posible la erección de una visión de Andalucía. A ella hay que acercarse con quietud y recogimiento, en actitud discipular y expectante para escuchar las notas de una lira y una pluma rica en claves y esoterismos, guardados con la flamígera espada del despre-

<sup>8</sup> CUENCA TORIBIO, J. M., *Visión de Andalucía. Granada, 1983.*

cio frente a toda actitud beocia y ramplona que en el lenguaje juanramoniano equivale casi siempre a localismos y casticismos de baja ley. En algún momento de tentación el autor de *Animal de fondo* intentó sellar su imagen andaluza con los lacres de intransferibilidad y exclusividad. Pero afortunadamente, él mismo llegó a comprender que su Andalucía no era una creación mítica respondiendo en esencia al virtualismo y cristalizaciones detectables en sus formas de convivencia y en sus manifestaciones artístico-culturales. Guiado un tanto por el prurito de la originalidad y del deseo de distanciarse de otros esplendentes cantores del alma andaluza desde las tierras de su exilio americano —Cernuda, Alberti— el poeta de Moguer aspiró a patentar una Andalucía equidistante por igual del lirismo elegíaco y del «Baedeker». Mas la almendra de su concepción se alineó en el mismo frente de todos los grandes espíritus nacidos al sur de Despeñaperros. La Andalucía del transterrado Juan Ramón Jiménez, fue una Andalucía universal, cosmopolita, oreada y penetrada en todos sus poros por el mar, esto es, por el afán de compenetración y solidaridad con todas las restantes culturas y pueblos; proel de futuro y fiel guardiana del arca del pasado. Quizá no por casualidad esta imagen andaluza que continúa y prolonga en sus grandes líneas los planteamientos y formulaciones de su obra poética anterior a 1936 fue concebida desde tierras insulares, distinta en conformación natural e idiosincracia y, en cierta medida, hasta histórico institucional a las de tierra firme del primer y último virreinato de la España americana. Atisbado permanentemente desde sus ventanas puertorriqueñas, el mar, esa criatura símbolo de eternidad y tiempo de toda la obra juanramoniana, le unían indesligablemente a sus raíces telúricas<sup>9</sup>. De ahí que la Andalucía de Juan Ramón sea literariamente una Andalucía marítima, hostil al vuelo de corral y abierta al mensaje de otras civilizaciones<sup>10</sup>. Por creerla fraguada en el crisol de las transculturaciones más importantes registradas por la historia humana, es por lo que Juan Ramón Jiménez creía y deseaba ver a su Andalucía en la palestra de los encuentros y confrontaciones civilizadores, allí donde se fragua y crece siempre la plántula del futuro. Para destruir las imágenes casticistas de Andalucía no dudó el moguerense en someter a implacable crítica la obra lorquiana, por cuyo autor sentía verdadera estima, pero a quien creía uno de los principales culpables de

<sup>9</sup> Cfr. GULLON, R., Conversaciones con Juan Ramón Jiménez. Madrid, 1958. «Todo cambio renueva, y sobre todo si es con mar en torno. Mis épocas mejores (Diario de un poeta y Animal de fondo) salieron del mar. Mi mujer y yo nos sentimos aquí a gusto, y creo que pasaremos mucho tiempo en «mi isleta verde», como la llamaba siempre la madre de ella, que era tan elemental y tan contagiosa como su misma tierra, su Guayanilla. Ella descansa hoy con su marido en tierra de Madrid. Y como la muerte va dentro de nosotros y no sabe de lugares, pensamos elegir un pedazo de tierra que entre en el mar de esta isla de la simpatía, mirando a España donde podamos quedar incorporados juntos los dos a la eterna armonía, una vez que no circulemos de pie por nuestra órbita, sino tendidos. Yo me imagino que el descanso definitivo será bueno en esta tierra gemela de mi Andalucía, que de Andalucía trajo el «bendito», el «por eso» y el «bueno», cuyo carácter incluye el encanto, el misterio y la intensidad los tres sustantivos que yo le pido siempre a la poesía», JIMENEZ, J. R., La corriente infinita (Crítica y evocación). Madrid, 1961, 250.

<sup>10</sup> «(San Juan de Puerto Rico, enero 1953.) Orilla de una agua/ comunicada con la de las orillas andaluzas» Guerra en España (1936-1953). Barcelona 1985, 293. «La Habana está en mi imaginación y mi anhelo andaluces, desde niño. Mucha Habana había en Moguer, en Huelva, en Cádiz, en Sevilla. ¡Cuántas veces, en todas mis vidas, con motivos gratos o lamentables, pacíficos o absurdos, he pensado profundamente en La Habana, en Cuba!». 143.